

Una parvada de albatros divorciados

María Teresa Hincapié tiene una performance en la que escribe en una vitrina:

“soy una mujer sin corazón.

soy una mujer azul.

soy una mujer que vuela.

soy una mujer puta.

soy una mujer.”

Lo escribe como si una cosa fuera consecuencia de la otra:

soy una mujer sin corazón,

por lo tanto... azul,

por lo tanto... vuelo,

por lo tanto.... puta,

por lo tanto.... mujer.

Estoy de acuerdo, una cosa me lleva a la otra. Yo también vuelo, yo y mi desalmado cuerpo azul atravesamos el cielo con unas enormes alas de albatros. Tres metros hay entre punta y punta. Tres metros y medio es la longitud de mi abrazo de ave marina. Hoy discutimos porque reclamas que mi cariño no te alcanza. Y claro, cómo va a alcanzarte si el músculo que me buscas con desesperación entre las costillas no lo tengo. Si la ausencia de ese músculo es la condición, el primer requisito que se necesita para ser una mujer, o por lo menos, una mujer que vuela.

(¿y por qué alguien querría ser otra?)

Un artículo de National Geographic:

“La crisis climática está provocando que los albatros abandonen la monogamia”

Aprendo que los albatros son una especie monógama que se empareja de por vida y que solo rompen su vínculo ante problemas asociados a la reproducción; por ejemplo, si los huevos que tienen no eclosionan o si sus crías mueren. Solo en esos casos se separan, abandonan a su amor para buscar otro albatros que sí pueda brindarles descendencia. Parece ser entonces, que el aumento en la temperatura del mar provoca que menos nutrientes alcancen la superficie, imagino que afecta también a los peces y crustáceos que estas aves comen. El cambio climático no solo provoca una desnutrición en los albatros sino que además les hace generar más hormonas relacionadas con el estrés; todo esto afecta la reproducción del animal y, por lo tanto, su monógama relación de

pareja. La regularmente bajísima tasa de divorcio de estas especies, que solía oscilar entre apenas el 1% y el 8%, está creciendo. Igual que la performance de María Teresa Hincapié, el artículo de National Geographic narra esta tragedia para la institución del matrimonio aviar a manera de una serie de causas y consecuencias.

El mar hierve, las costillas huecas de Hincapié y las mías hierven también. Los albatros discuten, tú y yo discutimos. Amenazamos con irnos, los albatros hacen lo propio. Los pájaros con las alas más largas del mundo ya no creen en la monogamia; tú y yo menos, nunca debimos. María Teresa se nombra puta con un labial rojo en una vitrina de Barcelona. Yo lo hago en mi propia vitrina, desvestiéndome para todos los vecinos porque me rehúso a cerrar mis cortinas por las noches, me niego a ocultarles mis plumas, mis plumas de pájaro que es consecuente con las tragedias de sus tiempos. Una serie de catástrofes contemporáneas transversales. Una serie de causas y consecuencias.

Un parvada de albatros divorciados y mujeres azules planean allá arriba en el cielo. Los miro desde mi habitación. Abro la ventana de par en par y hago de mi cama una pista de despegue; me quito los zapatos, no los necesito. Tomo vuelo, corro, brinco del cuarto piso, recojo las piernas, estoy a punto de estrellarme contra el suelo cuando cojo una ráfaga de viento que me sube alto, más alto, más alto. Aleteo con fuerza hasta alcanzar al grupo, me estaban esperando. Atrás se quedan las vitrinas y las penas y los biólogos que pierden el sueño por nuestros fracasos sexoafectivos, atrás se queda una ciudad llena de corazones que no quiero para mí. Me pierdo en las nubes con las putas y las aves, nos perdemos sin mirar atrás. Vamos rumbo a mal comer en el océano caliente, a sobrevivir a pesar del hambre, a sobrevivir y a pesar del mal de amores, a sobrevivir.

(a sobrevivir juntas entre las marañas de causas y consecuencias)

Texto para la Revista Poros nº2, *Animalidades*.

Primavera 2023. Santiago, CL.

Paola Medina